



DIFICULTAD DE ELECCION.

[POR THERELE REVIN.]

ERA una tibia tarde del mes de Junio. El Teniente de artilleria Roberto d'Anglade paseaba por los *boulevards* con aire distraído. Se detenía con frecuencia, como hablándose á sí mismo. ¿Qué hacer? ¿Cuál elegir?

Este pensamiento volvía sin cesar á su espíritu, sin encontrar una solucion. Su dificultad era grande, en efecto, hé aquí por qué.

Algunos meses ántes había encontrado á uno de sus antiguos profesores de la Escuela Politécnica, M. Buiron. Recibido en su familia, ahí encontró á dos encantadoras jóvenes.

El Teniente pensaba en casarse; y pensó en pedir á una de las hermanas. Todo le hacía creer que su demanda sería favorablemente acogida. Pero, aunque veía con frecuencia á las jóvenes, no había podido fijar su eleccion. ¿Cuál era la más encantadora: la morena Andrea, tan viva, tan espiritual, ó la rubia Solange, tan dulce y tan graciosa?

En vano trataba de tomar una resolucion. Si un día creía haberla tomado, al día siguiente cambiaba de parecer.

Y era preciso acabar. Enteramente absorto en el paralelo que trataba de establecer entre los ojos de terciopelo negro de Mlle. Andrea y las pupilas amatista de Mlle. Solange, Roberto de Anglade no vió á un Alférez de navío que venía hácia él, con la sonrisa en los labios y la mano tendida.

—¿Y bien!—dijo el marino.—¿Ya no se conoce á los compañeros?

El Teniente levantó la cabeza y estrechó la mano del jóven Alférez con una exclamacion de alegre asombro.

—¿De Gourville! ¿Qué buena sorpresa! ¿De dónde vienes, mi pobre viejo, desde hace tres años que no se te ve?

—De un crucero, en los mares de China... Pero, tú, veamos; recuerdo que tenías un gusto muy pronunciado por el matrimonio. Y bien, ¿es cosa hecha?

—¿Ah! No me hables de matrimonio,—dijo el artillero.—O más bien, sí, hablemos; quizás me des un buen consejo.

Los dos jóvenes eran camaradas de promocion y siguieron siendo amigos íntimos; y sin embargo, en nada se parecían. Paul de Gourville tenía un carácter atrevido y decidi-

do: Roberto de Anglade era más bien un poco tímido é irresoluto.

Roberto comenzó su relacion.

—¿Caramba!—exclamó de repente el jóven marino.—¿Sabes que tu descripcion es muy tentadora? Puesto que hay dos igualmente amables, me cederás una.

—Verdaderamente—respondió Roberto riendo—tienes una buena idea que debo aprovechar! Escoge, y la que no elijas, con esa me quedará. Será el medio de zanjár la dificultad.

—¿Y por qué no? Me acuerdo muy bien de Buiron; es un hombre excelente, y si sus hijas se le parecen... Dame su direccion.

—Es inútil. Yo voy mañana. Es el día de Mme. Buiron. Ven conmigo y será mejor.

—Perfectamente. Mañana, cita en tu casa, á las cuatro, para ir juntos á la de Mme. Buiron.

Al día siguiente, sonaban las cuatro en los relojes de los alrededores, cuando Gourville entró á la casa de su amigo.

Como á las cinco los jóvenes llegaban á Saint-Cloud, en donde la familia Buiron pasaba el verano. Mme. Buiron, muy graciosa todavía bajo sus cabellos grises, acogió á los visitantes con gran benevolencia. Cuando M. Buiron entró, se mostró muy feliz al ver á de Gourville, de quien había conservado un afectuoso recuerdo. Quiso absolutamente que los dos amigos se quedaran á comer. No se hicieron mucho de rogar, pues aún no habían visto á las jóvenes. Ellas entraron al salon un poco ántes de comer. Roberto, que observaba á su compañero, pudo ver un movimiento de admiracion, en seguida reprimido.

Durante la comida, las dos hermanas estuvieron encantadoras, aunque de diferente manera: Andrea, viva y risueña, pronta á la réplica, dejó ver todas las riquezas de su espíritu; Solange, más tranquila y de una alegría ménos expansiva, aunque muy jovial, con un tono de reserva cándida, que añadía á su gracia natural, no resplandeció como la mayor; pero su brillo discreto no pasó por eso inadvertido.

Después de la comida tocaron el piano. Andrea tenía un juego brillante como toda su persona; Solange tocaba con mucha expresion; sus voces eran igualmente bellas. De Gourville parecía cada vez más perplejo.

En fin, á las diez sirvieron el té y nuestros jóvenes se retiraron.

—¿Y bien?—interrogó Roberto cuando estuvieron en la calle.

—Pues bien, querido amigo, tú comprendes que no puedo juzgar de una vez. Por el momento soy de tu parecer: es tan encantadora la una como la otra!

Transcurrieron dos semanas. La permanencia de Gourville en Paris se prolongó. Pero, lo mismo que su amigo, el jóven marino no se decidía: Andrea lo deslumbraba, Solange lo encantaba, segun decía, y estaba vacilante.

Los jóvenes se dieron cita un día en el Salon de los Campos Elíseos. Al recorrer las salas y discutir el mérito de los cuadros, Roberto abordó la pregunta que lo quemaba.

—¿Te has decidido por fin?

De Gourville pareció absorberse en la contemplacion de una tela, bastante mediana por cierto, con el fin de buscar su contestacion.

—A fé mía, querido,—dijo después de un instante, te confesaré francamente que aún no tengo preferencia. Aunque lo he estudiado....

—¿Pero esto es desesperante!—exclamó el artillero, tal vez un poco más alto de lo que convenia.

—Espera—dijo de repente el marino.—Tengo una idea y la creo buena. ¿Sabes lo que vamos á hacer?.....

—¿Qué?

—Pues bien, hagamos una rifa de pajitas.

El artillero soltó una carcajada.

—Hablo muy seriamente—dijo el marino.—Por mí, no veo otra solucion.

—¿Vamos, es ridículo!—protestó Roberto, retorciendo con rabia su bigote.

—Encuentra otro desenlace á esta embarazante situacion. Vamos, encuentra uno, y estoy listo á hacer lo que propongas.

Y como el otro guardaba silencio.

—¿Y bien, qué encuentras? Nada, ¿verdad?

—Tal vez tienes razon—dijo por fin el artillero.—Sí, tu idea es buena; además, nada tiene de ofensiva para esas dos encantadoras personas.

—Al contrario, puesto que consagra la perfecta igualdad de sus méritos respectivos—replicó de Gourville.

—Pues bien, lo haremos... seriamente.

—Sin duda, muy seriamente. Está convenido, á los *popotes*. Naturalmente, el más pequeño será para Mlle. Solange, puesto que es menor que su hermana.

—Convenido.

Los dos amigos, tan serio uno como otro, bajaron al jardín, para confiar á dos hebras de yerbas verdes ó secas el papel de oráculo.

Con un ligero temblor, Roberto avanzó los dedos hacia las pajitas que su amigo le había preparado. Tiró y sacó la más larga, de manera que Mlle. Andrea le fué adjudicada.

Al día siguiente los dos jóvenes se encontraron en Saint-Cloud. Mme. Buiron había reunido algunos amigos. La *soirée* estuvo encantadora; los doce astros que la iluminaban estaban más radiosos que nunca.

Y sin embargo, ¿por qué la mirada de Roberto parecía velada de melancolía? ¿Por qué ese pliegue triste entre sus cejas?

—Mlle. Andrea está encantadora esta noche—dijo de repente el Alferez á su amigo.

—¿Qué bien colocada está esa rosa musgosa en los cabellos de Mlle. Solange!—respondió Roberto con un suspiro.

—Comprendo que M. Buiron prefiera á su hija mayor—repuso el marino.—¿Qué alegría! ¿Qué carácter tan encantador! ¿Siempre graciosa y risueña!

—Soy más bien del parecer de Mme. Buiron—repuso el artillero.—Es mucho más agradable la tranquilidad de la menor que la vivacidad ruidosa de su hermana. Es divertida un instante, pero una risa casi perpetua.... ¿Mientras que Mlle. Solange!.... Ah! serás muy feliz!

De Gourville miró primero fijamente á su compañero; luego tomándole del brazo y llevándole aparte:

—Vaya—le dijo—te he sacado de esa dificultad. Y ahora recobro mi libertad.

—Tu libertad—replicó Roberto, que miró á su amigo al parecer sin comprender.... —¿Qué quieres decir?

—Que mi astucia amistosa ha tenido completo éxito y que ya no tengo que ocultarte que he representado contigo una comedia. Me la perdonarás puesto que tenía por único objeto hacerte ver claro en tus propios sentimientos. No sabías por cuál de las dos hermanas decidirte. Gracias á mí se han disipado tus dudas. A la dulce Solange es á la que amas, la que prefieres.... y á quien vas á pedir en matrimonio, y la que te aceptará y con quien te casarás.

Mientras que de Gourville así se expresaba, su amigo lo miraba con cierto embelesamiento.

—Es verdad—dijo ingenuamente, tendiéndole la mano con alegría, la que el marino tomó y estrechó vigorosamente—¿Pero tú?—preguntó.

—Yo, como acabo de decírtelo, recobro mi libertad que fingí haber perdido solamente por hacerte un servivio. El matrimonio no es para mí, al menos por el momento; después veremos.

Un franco abrazo puso fin á esta conversacion....

Dos meses despues, Mlle. Solange Buiron se llamaba Mme. Roberto d'Anglade.

ATALIA.

TRAGEDIA BIBLICA EN CINCO ACTOS, ESCRITA EN VERSO FRANCÉS POR J. RACINE.
TRADUCIDA AL CASTELLANO, POR FIDELIOR,
PARA "EL TIEMPO."

[CONTINUA.]

ESCENA SEGUNDA.

Joad, Josabeth.

JOAD.

Han llegado los tiempos ¡oh princesa!
En que es preciso hablar. Al que salvando
Felizmente, ocultásteis su destino:
Debo de manifestar con entereza
A aquellos que insolentes murmurando
Del gran poder divino,
Como sus enemigos, la promesa
De Dios, audaces, del error acusan

El profundo silencio de que abusan.
¿Y qué digo? Tiempo hace el resultado
Que miran favorable, los alienta
En su insano furor. De Baal odiado
A vuestro mismo altar la vil afrenta,
Vuestra madrastra injusta llevaría,
Del incienso de atroz idolatría.
Mostremos ese rey, que habeis salvado,
En el tiempo educado
Bajo las alas del Señor piadoso;
Cual nuestros príncipes hebreos, amado
El será y valeroso,
Porque á su edad supera su talento.
Antes de realizar aqueste intento
Quiero ofrecerle á Dios, por quien los reyes
Sujetos reinan á sus santas leyes.
Y á nuestros sacerdotes convocando
Y levitas, despues, el heredero
Les iré señalando
Del trono verdadero.

JOSABETH.

¿Y sabe él ya su nombre y su destino?

JOAD.

Al solo nombre de Eliacin responde,
Con el afecto de hijo corresponde,
Pues cree, tan sólo cuando al mundo vino,
Que siendo rechazado por su madre,
Por compasion yo le serví de padre.

JOSABETH.

¡Ay! ¿De un peligro sale y otro nuevo
Le espera en breve!

JOAD.

¿Y qué! ¿Tan solo llevo
La duda á vuestra fé? ¿Débil no espera?

JOSABETH.

Vuestros sabios consejos he seguido
Señor, y enteramente me abandono
A ellos, con fé sincera.
Cuando arranqué de manos de la muerte
A ese niño, del odio y del encono:
En vuestros brazos coloqué su suerte
Y aun de mi amor temiendo la violencia
Evité, cuanto pude, su presencia,
Temiendo que, indiscreto
Algun temor, dijera mi secreto
Y sobre todo, al llanto y las plegarias
Tres días he consagrado
Y tres enteras noches solitarias.
Mas seais interrogado
Permitidme: ¿teneis quien os ayude?
¿Con qué amigos contais que en tal empresa
Muestran su fortaleza?
¿Habrá quien nos escude?
¿Abner, valiente Abner, nos defendiera,
Y habrá jurado al rey la fé sincera?

JOAD.

El caro Abner, leal, no sabe ahora
Que tenemos un rey, todo lo ignora.

JOSABETH.

¿Y á quien de Joad la guardia está confiada?
¿Tal honra reservada
A Obed ó Amon acaso pertenece?
El recuerdo quizás aun no parece
De mi padre en sus múltiples favores....

JOAD.

¿A la cruel Atalia se hallan vendidos!

JOSABETH.

¿Entónces que opondréis á los traidores!

JOAD.

¿No os lo dije? Por Dios favorecidos
A nuestros sacerdotes y levitas.

JOSABETH.

Yo bien sé que su número es temible
Siempre al honor sensible,
Y oyendo las benditas
Enseñanzas, que vos ocultamente
Solicito los dais: de afecto santo
Con patriotismo ingente
Arden por vos, de horror por Atalia;
Juramento solemne sin quebranto
Los liga á defender con valentía
A ese hijo de David, llegado el día.
¿Pero ese noble ardor de que sirviera
Por vengar de sus reyes la bandera?
¿Para tan grande empresa es suficiente
Su celo? ¿Dudaríais que á los rumores
Que de Oeazias un hijo está guardado
Aquí, no se levanten los furios
De Atalia, y con sus huestes extranjeras
Reunidas, como fieras,
Sobre el sagrado templo no llegara
Y sus puertas augustas quebrantara?
¿Y bastarían contra ellas los ministros
Santos, sólo provistos
De lágrimas candentes y oraciones
Levantando al Señor sus inocentes
Manos, y nunca derramarse vieron
Otra sangre que aquella que vertieran
De las víctimas solas, reverentes?
Tal vez Joad en sus brazos destrozado..

(Continuará.)

LEYENDAS

Y

Tradiciones queretanas

POR ALTER.

LXXVI

EL PUENTE GRANDE.

BENDITA mil veces la caridad que deja exahustos los bolsillos de quien la posee, en favor del desvalido, del enfermo, del cautivo, y mil y mil séres desgraciados, que debido á esa virtud llamada y con razon sobrada la primera, mitigan sus penas, endulzan sus amarguras, curan sus heridas, y más que todo, fortalecen su decaído espíritu, para llevar con resignacion las tribulaciones que Dios les envía, antítesis de la funesta y maldita costumbre de los faltos de fé, cobardes y verdaderos desgraciados, que buscan, en medio del despecho y desesperacion, el remedio á sus cuitas en el suicidio.

El Señor Marqués de la Villa del Villar del Aguila poseía esta virtud en muy alto grado.

¡¡Oh bendito padre de los pobres, dechado de acaudalados, consuelo del desvalido!! Permite que mi tosca pluma recuerde tus proezas en medio de las bendiciones de tu pueblo, para que tus protegidos no olvidemos tu memoria y el mundo entero conozca tu munificencia, de la cual hablan muy alto esos monumentos benéficos, que nos legó tu desprendimiento, rasgo sobresaliente en medio de tus dotes.

El puente grande, (llamado así por ser el mayor y de mejor estructura que tenemos sobre el río) fué obra del señor Marqués, que compadecido de los trabajos que pasaban los vecinos del barrio de la otra banda para venir al centro á proveerse de los artículos indispensables para la vida, mandó construirlo á sus expensas, evitando así penalidades y desgracias acaecidas anualmente en el transcurso de las aguas que es cuando bajan fuertes avenidas.

Tiene tres arcos sólidos y elegantes de sillería que miden de claro cada uno 6 metros 27 centímetros con su antepecho de 1 metro 24 centímetros; teniendo de altura inclusive el antepecho: 6.68 y de latitud 4.18, con sus rampas de 24.24 de longitud. Conduce calle recta al Jardín Zenea y desemboca en la plazuela de San Sebastian.

Es célebre por los fuertes combates habidos en él entre imperialistas y republicanos en el memorable sitio, siendo los más notables los del 14 de Marzo y 5 de Mayo, ámbos en la noche, de los cuales se cuenta que fué tanta la sangre que se derramó, que bajaba á torrentes por las rampas á confundirse con el río, quedando las corrientes completamente teñidas; pero por más impulsos que hicieron los liberales, no se nos pudo quitar aquel paso en todo el transcurso del memorable sitio. Del primer combate en este lugar, sacó el Príncipe de Salm Salm, valiente militar, el grande prestigio que tenía ante el emperador.

En 1874 y 75 convirtiése en el paseo favorito de las familias, principalmente los días festivos, debido á que se hacía un paseo llamado de las canoas, consistente en que por medio de una pequeña retribucion al empresario, le daban al pasajero una vuelta por todo el cauce del río, á un kilómetro de longitud en unas canoas ó botecitos llenos de adornos y con su respectiva música.

Este paseo fué muy alegre y divertido y á él concurrían todas las clases sociales, y tanto el puente como ámbas riberas estaban llenos de espectadores hasta muy entrada la tarde.

Los vecinos de la otra banda debían manifestar su gratitud al señor Marqués de una manera muy especial, poniendo cuando menos

en aquel monumento, una inscripción en letras de oro, para que las generaciones venideras supiesen á quién deben ese grande beneficio y llenas de gratitud bendijesen su memoria.

¡Oh hermosa Caridad, bendita seas!

LOGICA INFANTIL.

Triste, solo, gimiendo en los umbrales
De la alcoba desierta,
Que aun conserva en el lecho las señales
De las rígidas formas de la muerta,
Un hombre llora con acerbo llanto
Y dirige á los cielos la mirada,
Cual pretendiendo hallar en su quebranto
La imagen de la esposa idolatrada
Que duerme en un rincón del campo santo.

La alcoba, que alegraron los amores
Y perfumaron delicadas flores
Nacidas de la dicha entre el misterio,
De cera y medicinas tiene olores
Y huele con olor de cementerio.
Y el hombre que solloza tras pasado
Por el puñal de la desgracia fiera,
—¡No hay Dios! ¡no hay Dios! repite desolado;
¡Que si existiese Dios, aun existiera
El ángel que la suerte me ha robado!
—¡No hay Dios! ¡No hay Dios! con impiedad mur-
[mura]

El hombre mal herido en su cariño;
Y, con voz impregnada de ternura,
Penetrando en la alcoba, dice un niño:
—¡Padre!... ¡padre! Sí, ¡hay Dios! yo no lo
(veo;

Pero de fijo hay Dios y yo lo creo
Porque mamá, besándome la frente,
Me dijo ayer que Dios Omnipotente
La llamaba á su lado. ¡pobrecita!
Hay Dios porque á buscarlo fué mamita,
¡Y tú me has dicho que que mamá no miente!

LA APARICION.

CON motivo de un proceso reciente, hablábase días atrás de secuestros. De pronto tomó la palabra el anciano Marqués de la Tour Samuel, y dijo con temblorosa voz:

—Conozco una historia muy rara, que me ha preocupado durante toda la vida. Se trata de una aventura que me ocurrió hace cincuenta y seis años, y que no dejo de recordar constantemente. He aquí ahora los hechos en toda su sencillez:

El mes de Julio de 1823 hallábame de guarnición en Ruan.

Un día encontré en la calle á un amigo de la juventud, á quien estimaba yo de un modo extraordinario. Hacía cinco años que no le había visto, y en el primer momento le tomé por un anciano. Tenía la cabeza cana y andaba encorvado como un hombre de edad avanzada. Mi amigo comprendió mi sorpresa y me contó su vida. El infeliz había sido víctima de una desgracia horrible.

Se había enamorado como un loco de una hermosa joven, con la que contrajo matrimonio en una especie de éxtasis de felicidad. Al cabo de un año de suprema dicha, murió la esposa á consecuencia de una enfermedad del corazón.

Mi amigo abandonó su castillo el mismo día del entierro y se fué á vivir á su hotel de Ruan, donde vivía desesperado y herido por el dolor.—Ya que te he encontrado—me dijo—voy á pedirte un favor. Deseo que vayas al castillo á buscar unos papeles que necesito y que están en un armario de mi cuarto, ó mejor dicho, de nuestro cuarto. Yo no voy, porque he jurado no volver á poner los pies en aquella casa. Te daré la llave del cuarto, que yo, mismo cerré y la llave del armario. El jardinero, á quien entregarás una carta mía, te abrirá las puertas del castillo. Ahora te indicaré lo que has de hacer. Abre el armario y coge dos paquetes de cartas y unos papeles que están en el cajón de la derecha.

El castillo estaba á tres leguas de distancia.

Al día siguiente, monté á caballo y recorrí el trayecto en una hora.

Al llegar á la mansión de mi amigo, entregué la carta al jardinero, el cual me dijo:

—¿Qué desea usted?

—Entrar en el castillo, según rezan las órdenes de su dueño.

—¿Quiere usted entrar en su cuarto?

—Sí.

—El caso es que no ha sido abierto desde... desde... la muerte. Espere usted cinco minutos, pues voy á ver si... .

—Es inútil—le contesté.—No podrá usted entrar porque tengo yo la llave.

—¡Ah!—exclamó el jardinero lleno de asombro.—Sígame usted; yo le enseñaré el camino.

—Acompáñeme usted hasta la escalera y déjeme solo, pues no le necesito á usted para nada.

Una vez cumplidas mis órdenes, entré en la casa, pasé por un vestíbulo y recorrí tres ó cuatro habitaciones hasta que me encontré ante la puerta que buscaba.

La abrí sin esfuerzo y entré.

La habitación estaba tan oscura, que no distinguía nada en los primeros momentos. Después fueron acostumbrándose mis ojos á la oscuridad y ví perfectamente varios muebles colocados sin orden ni concierto y una cama sin sábanas, pero con sus correspondientes colchones y almohadas.

Lo primero que hice fué dirigirme hacia una ventana con objeto de abrirla, lo cual no pude conseguir, á pesar de los grandes esfuerzos que realicé para lograr mi propósito.

En vista de mi fracaso, me acerqué al armario, lo abrí, tire del cajón indicado, que estaba completamente lleno, y comencé á buscar los paquetes y las papeles que debía llevarme.

De pronto oí un ruido detrás de mí, del que no hice caso. Pero, al cabo de un minuto, otro rumor más acentuado me hizo estremecer de angustia, en el preciso momento en que acababa de encontrar los documentos que había de entregar á mi amigo.

Volvíme de pronto y estuve á punto de echar á correr. Pero por no pasar á mis ojos por un cobarde, me detuve ante la visión que tenía enfrente ante una mujer alta, vestida de blanco, que me miraba con asombro.

Creo que si no me hubiese hablado, me habría muerto en el acto. Pero la aparecida me dirigió la palabra con voz suave y dolorosa, que hacía vibrar los nervios. A pesar de mi relativa serenidad, confieso que tuve miedo.

—Caballero—me dijo la visión—deseo que me haga usted un favor señaladísimo.

Quise contestar pero no me fué posible pronunciar una palabra.

—Estoy sufriendo de un modo horrible—añadió la fantasma, sentándose en una butaca—y puede aliviar mis tormentos. ¿Quiere usted?... .

—Sí, le contesté temblando.

La aparecida me dió un peine y murmuró:

Peíneme usted, por piedad; eso aliviará mis dolores. Míreme usted la cabeza. ¡Ah! ¡Sufro de un modo atroz!

Sus negros y luengos cabellos pendían por encima del respaldo de la butaca hasta llegar al suelo.

Le desenmarañé el pelo, la peiné como pude y la hice unas trenzas por el estilo de las que algunas veces he hecho á mis caballos.

Una vez terminada mi tarea, la aparecida me dió las gracias, me quitó el peine de las manos y echó á correr por una puerta que hasta entonces no había yo visto.

Cuando me quedé solo corrí hacia la ventana y con el puño de mi espada logré romper las hojas, haciendo entrar en la habitación una ola de luz.

Corrí hacia la puerta por donde el fantasma, ó lo que fuera, había desaparecido, y

la encontré cerrada, sin que pudiera abrirla á pesar de mis titánicos esfuerzos.

Experimenté un pánico terrible, el pánico de las batallas y me asaltaba la fiebre de la fuga. Cogí los tres paquetes de cartas y los papeles, salí de la habitación, crucé varios salones, bajé la escalera, monté á caballo y partí al trote para Ruan.

Me dirigí á mi habitación y me encerré en mi cuarto para meditar.

Durante una hora me estuve preguntando si había sido juguete de una alucinación. Después llamé á mi asistente y le encargué que entregara los paquetes y los papeles á mi amigo, anunciándole que iría á verle al día siguiente, pues por el momento me hallaba algo indispuerto.

Al otro día me dirigí á su casa, resuelto á decirle la verdad de lo ocurrido, y me dijeron que había salido la víspera, sin haber vuelto á su domicilio. Volví por la tarde y no había regresado aún. Entonces dí parte á la justicia y durante ocho días se hicieron inútiles pesquisas para averiguar su paradero.

Por indicación mía, ordenó el tribunal que se practicase un minucioso registro en el castillo, y nada logró descubrirse, ni el menor indicio reveló que allí pudiese estar oculta una mujer.

Las diligencias judiciales no dieron el menor resultado, y hubo necesidad de darlas por terminadas.

Y desde hace cincuenta y seis años nada he sabido acerca de la singularísima historia que acabo de contar á ustedes con todos sus detalles y circunstancias.

GUY DE MAUPASSANT.

MADRIGAL.

Cuando yo me enlazaba
Con la adorada mía
Era del Sol un rayo que abrasaba
El amor que á mi novia le tenía. . .
Hoy, mirando la cuna
De nuestra hermosa niña,
Es nuestro amor un rayo de la luna
Alumbrando una flor de la campiña.
Con mi cabeza cana
Y contemplando á aquellas,
Mi doble amor parecerá mañana
La hermosa claridad de las estrellas.

Diego Maclas y Calle.

EL HOMBRE DEL ASCENSOR.

(Por Eusebio Blasco.)

Subiendo el otro día á ver á un amigo que vive en el quinto piso de un gran hotel de París, volví á encontrarme con aquel desdichado mortal que se pasa la vida en el ascensor, conduciendo de abajo á arriba y de arriba á bajo á cuantas personas bajan y suben los diferentes pisos de la casa. Viéndole tan elegante, con su librea y su gorra galoneada, y dentro de aquella jaula, forrada de tapicería; á nadie se le ocurre compadecerle! Pero á mí, sin poderlo remediar, me interesan todos los que sirven y ganan su vida tristemente, y este hombre me da muchísima lástima!

No piensa el que entra en el ascensor y va con determinado objeto á tal ó cual piso; no piensa. ni tiene tiempo para ello, en que aquel hombre, joven, fuerte, tal vez inteligente, sujeto, como todos nosotros, á los deseos, necesidades, pasiones ó vicios de que nadie está exento, se pasa la vida metido en aquella caja desde las ocho de la mañana hasta la una de la noche subiendo y bajando bajando y subiendo, subiendo y bajando, sin

ver en esas diez y siete horas más que los cuatro rellanos de la escalera y las quinientas ó mil personas con las que vive en compañía de minuto y medio ó dos minutos nada más, acaso para no volver á verlas en su vida.

No habla nunca, como á quien no le dirija la palabra. Y aun en este caso, la conversacion no dura más que el espacio comprendido entre dos ó tres tramos.

Para él no hay domingos ni días de fiesta, ni sol, ni nubes, ni política, ni arte, ni literatura, ni familia, ni amistad, ni relaciones ni nada más que subir y bajar, bajar y subir, tirar de la cuerda para el que se queda en el primer piso, tirar de la cuerda para el que se queda en el segundo, tirar de la cuerda para el que se queda en el cuarto ó en el quinto, tirar de la cuerda para el que baja de los mismos pisos; y cada vez adelantarse á abrir la verja de hierro y la puerta de la escalera, para que *desembarquen* los viajeros, quitarse respetuosamente la gorra... y vuelta á subir y vuelta á bajar,

¡levantarse, crecer, tocar las nubes.... y en el piso de abajo hundir la planta!

Este triste sujeto lleva y trae de arriba abajo y de abajo arriba, viajeros y no viajeros, señoras, niñas, curas y militares, niños, viejos, familias de todos los países, Oye hablar todas las lenguas, pero nunca más que dos minutos. Oye, de lejos, las músicas que pasan por la calle; ve, de lejos, á los que bailan ó cantan en el primer piso; le pasan por delante de los ojos, como visiones fantásticas, las bodas, las *soirées*, las parejas que se dicen amores en el piso primero cuando hay una fiesta; y en seguida pasa por las soledades del tercero, y va á parar al sotabanco, donde le espera una criada para que la baje.

La vida, para él, es un escotillon; la existencia un hueco en el que le metieron á razon de tanto por día; está enterrado en vida; pero de manera que su tumba suba y baje y la visiten cien mil personas al año. No se le permite hablar, porque no sería correcto; y responde con cierta timidez á los que, como yo, le dirigen la palabra. La ropa no se le usa nunca. ¡Un par de zapatos deben durarle quince ó veinte años!

Sale de su cajon aéreo, media hora por la mañana para almorzar, y media hora por la tarde para comer: y en seguida.... otra vez á la jaula volante. La digestion se hace forzosamente á contrapelo, y yo le he aconsejado que coma la sopa de pie y el postre de cabeza, porque si no no, digerirá nunca. Apénas ha concluído de comer, se echa á volar escalera arriba, y digiere hacia el techo; y en seguida, echa escalera abajo y digiere hacia el suelo. ¡No puede ser! ¡Tiene que resultar algo malo! ¡Son digestiones de mete y saca! Las reflexiones que el pobre hombre debe hacer cuando le llaman desde el quinto y sube solo en su máquina. Afortunadamente, por tristes que sean no pueden ser nunca largas.

Así, por ejemplo, dirá al elevarse:

—¡Es posible, Señor, que no haya para mí más mundo que el de una escale....

En aquel momento se le cuela un viajero gordo que sube del primer piso al segundo.

—.... Que el de una escalera? ¡Cuándo llegará el día en que yo vea otra....

Ya está en el segundo y se le cambia el inquilino por una señora gorda que va para arriba.

—.... Que yo vea otra cosa? ¡Esto no es vida; aquí no hay más porvenir que la desespere....

Se salió la señora y entran tres catalanes, que le dicen que les eche á la calle.

—.... Que la desesperacion. ¡Cuando pienso que tenía una novia y un día que vino á verme aquí, á la tercera vez que subió y bajó, me dijo que se marchaba y me dejó por un era quiera!

No ha acabado de pensar y ya se encuentra abajo y se le meten en la caja un cura proterio y dos señoritas inglesas.

—¡Al quinto!

¡Y allá va otra vez al tejado!

—¿Cuánto tiempo lleva usted en esta.... carrera?—le preguntaba yo ayer.

—Siete años.

¡Siete años! ¡Quién me diera á mí meter cinco ó seis eminencias del partido gobernante en este jaulon y tenerlas siete años condenadas á subir y bajar día y noche, á ver si acabábamos de discursos y de ascensos inmerecidos!

—¿Y cuánto gana usted?

—Cien francos al mes, comido y bebido..

—¡Y subido y bajado!

—Es claro. Hay personas que me dan propinas; pero son *las ménos*.

—¡Eso sí que lo creo! Yo seré de las más, no tenga usted cuidado.

—Muchas gracias.

—¿Tiene usted familia?

—No, señor, en este *cargo* no podría ser. Acaba uno cansado á la una de la noche.

—¿Cansado? ¡Hombre, eso sí que me extraña!

—¿Cree usted que no cansa y fatiga hacer siempre lo mismo? ¡Y no ver nunca la calle? ¡Y no hablar con nadie? ¡Abrir y cerrar la verja unas *mil veces* por día? ¡Creáme usted, toda obligacion cansa!

¡Profundas palabras! ¡Ya lo creo que cansa! Reventado me tienen á mí mis obligaciones. ¿De modo que en los siete años no ha salido usted nunca?

—Este año, salí un rato el día de la Ascension.

—¡Hombre, mal hecho! Era el único día en que debió usted quedarse aquí y dar una comida á los amigos!

Creo que no me entendió. Su cargo debe atacar al cerebro. Si á este hombre no le suben vapores al rostro, no será culpa suya. Algunos debe sentir cuando le toca *elevar* á los enamorados de esos que por aquí se ven con tan frecuencia, cogidos por los talles y besándose *coram populo*. Al *ascensorista* (bien puede llamársele así), no le dejan más que el olor. Cuando le toca subir ó bajar á una mujer de esas de ciento en boca, le deja perfumado el cajon. Un rastro de opoponax ó de ámbar que le trastorna la cabeza! ¡En cambio, cuando le llega un viajero que viene de los baños sulfurosos, le deja una peste á azufre que parece que ha subido al diablo al tejado.

¡Pues este hombre, aunque parezca extraño, todavía tiene tiempo de leer! En el banco del ascensor tenía un libro.

—¿Qué lee usted, las *Ascensiones célebres*?

—No, señor; es un libro de oraciones.

¡Un libro de oraciones! Aquí ya mis observaciones burlonas cedieron su puesto á otras que sería muy largo reproducir. ¡Un libro de oraciones en un ascensor! Y en un pueblo donde la religion es cosa rara.... ¡Quién sabe! Acaso este hombre, jóven aún, se consuela con su libro del aburrimiento en que vive.... tal vez ha hecho del ascensor su confesonario, su altar, su tumba movible.... Resignado á su vida de máquina, lee lo que sin duda leerán muy pocos de los que él sube y baja....

Estábamos en el quinto piso, no había nadie en el rellano, me quedé un instante todavía.... para decirle sin rodeos la extrañeza que su lectura favorita me causaba.

—Este libro—me dijo—me lo dejó en el ascensor una señorita muy elegante, hace dos años. Me dijo que se lo guardara. Era una viajera que vivía sola en un cuarto del tercer piso.... Siempre que bajaba ó subía me daba un franco, y se interesaba por mí. Vino á ser como una amiga, en esta soledad en que uno vive con tanta gente.... Por la noche vinieron á decir que la señorita se había arrojado al Sena.

—¡Ah!

—Sí señor; parece ser que tenía desengaños, apuros de dinero... ¡Nadie vino á preguntar por ella ni á reclamar nada! Al cabo de un año se vendió todo lo que había dejado, vestidos, alhajas, muchas cosas. Yo me que

con este libro.... De vez en cuando lo leo y me acuerdo de ella. Despues de todo, tal vez seré el único!

En aquel momento gritaron de abajo:

—*Ascenseur, s'il vous plait!*

Y mi hombre desapareció en la oscuridad de la escalera.....

CANTARES.

Piensen que no tengo duelos porque no me ven llorar; yo conozco á un millonario que nunca ha gastado un real.

Quando vayas á olvidarme, que me mates es mejor; que á los muertos se les reza y á los que olvidamos no.

Miéntras tú me engañabas, yo era dichoso. ¡Malditos los engaños que duran poco!

Si tú fueras penitente y yo fuera confesor, ¡qué larga la penitencia! ¡qué larga la confesion!

EL ILMO. SR. DR. D.

PEDRO TAPIZ Y GARCIA,

Duodécimo Obispo de Durango.

NATURAL de la villa de Andosilla (1) en el obispado de Pamplona, capitanía general de Navarra, España, hijo de D. Pedro Tapiz y de D^a Ana García, así lo refiere el Sr. Lorenzana en la serie de los obispos de Guadalajara, continúa: «Abad de la iglesia parroquial de Santa María del Burgo de la ciudad de Alfaro; Vicario general de dicha ciudad y partido de Agreda, en el Obispado de Taragona. Obispo de Durango desde el año de 1711; consagrado en Zacatecas el 3 de Febrero de 1715 por el Ilmo. Sr. Mimbela, Obispo de Guadalajara.»

En la serie de los de Durango, el mismo autor escribe: que tomó posesion en su nombre el Dean Escuerzáfigo el 21 de Febrero de 1713, y el 13 de Abril de 1722 falleció en dicha ciudad, á los 49 años de edad. En la citada primera serie tambien dice: que se le expidió la Cédula de Obispo de esta diócesi el 16 de Abril, tres días despues de su muerte.

A tan cortas y únicas noticias que nos ha dejado el Eminentísimo Sr. Lorenzana, no puedo añadir sino: primero lo que trae el P. Alegre en su Libro Noveno. «Cuando los jesuítas intentaron la evangelizacion del Nayarit, el Ilmo. Sr. Tapiz, tuvo por conveniente que acompañase al general Mendiola en esta expedicion el padre Tomás Solchaga que actualmente (1716) leía teología en el Colegio de Durango, quien fué el primero que plantó la cruz y tomó posesion de aquel terreno en el nombre de Jesu-

(1) Si murió de 49 años de edad, como se verá adelante, nació en 1673.

cristo celebrando el Santo Sacrificio en aquellas seranias.» (pág. 173.) Despues agrega que semejante disposicion del Prelado fué: «por no estar decidido á cual de las dos mitras, Guadalupe ó Durango, debía pertenecer la provincia.» [pág. 199.]

Con motivo del Seminario que fundaron los PP. de la Compañía en Chihuahua pone que se recurrió á la necesaria licencia al Ilmo. Sr. Tapiz, «quien con expresiones de no menor aprecio que las de su excelencia (el virrey) la concedió gustosamente.» Se colocó la primera piedra de él, en 2 de Febrero de 1718.

2º Otro jesuíta el P. Ortega, en sus «Afanos Apostólicos,» Barcelona 1754, Lib. I, cáp. VIII, pág. 62, escribió que en 1715 había recibido el dicho general Mendiola orden para entrar al Nayar, avisó diligente al Señor Obispo de Durango, que era el Sr. Tapiz, «á quien ya hacía tiempo, que traían lastimado las noticias del miserable estado de esta Provincia, causándole un penoso martirio ver tantas almas sepultadas en un abismo de sombras, sin querer abrir los ojos á la luz, que tan repetidas veces quiso alumbrarles.

«Mas no pudiendo su Ilustrísima, como lo deseava, baxar en Persona á estos barrancos, por tener ya dispuesto el viaje, y la visita á términos no solo opuestos, sino tambien distantes, aunque suponía, que acompañaría al General Don Gregorio su Capellan el Bachiller Don Francisco Xavier Parado, quiso aquel Ilustrísimo Prelado que viniese en su lugar, y en su nombre un Jesuíta, y eligió al Padre Tomás de Solchaga, que leía entonces la Cathedra de Theología Moral en nuestro Colegio de Durango, Sugeto mui Religioso, de zelo, prudencia y que entendía, y hablava con expedición la lengua Mexicana.» Despues inserta una carta de este Padre al Sr. Obispo donde le refiere sus abajos desde que salió de Durango, el 29 de Octubre de 1715, hasta la fecha de ella en el valle del Xuchil, Febrero 25 de 1716.

3º En las «Gacetas de México» que publicó el Sr. Castorena, despues Ospo de Yucatan, desde Enero á Julio de 1721 en la 1ª y única que tra de nuestro Obispo se lee:

«Guadiana.—Del reino de la Nueva Vizcaya; es villa capital el Parral. Ensta se halla el Ilmo. Sr. D. Pedro Tapiz, su Obispo, que acabada toda su vida, hasta las distantes Sonora y Sinaa, la comienza segunda vez. Ha adonado su iglesia de hermosa torre con jería de hierro; fundado un colegio seminario, y puesto cátedras de estudios mayores y menores, donde proca se funde una Uuiverisidad, por la distancia de esta ciudad á la de Méco, y tambien ha pedido á S. M. se ija otra canongía, la doctoral en su Iglesia.»

El Dr. D. Manuel Sebastian Cano fué secretario, como consta en los autos de su borla en 1724.

4º El Sr. Lic. D. Fernando Ramírez, dice empero «no pudo llevar á cabo la (fundacion) del Seminario planteada por su antecesor; mas dejó hien asentados sus cimientos, incorporándolo en el colegio establecido por los jesuítas, reservándose ciertas prerrogativas honoríficas. El P. Alegre dice que la incorporacion se redujo á costear doce becas, que entiendo son las que hasta hoy [1851] se conservan con el nombre de becas de «gracia ó merced.»

El mismo Sr. Ramírez trae que «este Prelado fué fundador del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe fuera de aquella ciudad, al Norte en una llanura.»

Respeto á la Catedralañade que «en 1713 el Sr. Tapiz fabricó tres bóvedas de las portadas, la sacristía, la sala de cabildo, y concluyó una de las torres adornándola con su balconería de fierro: tambien se debió á su celo la crugia, que no existe, sillería del coro y uno de los órganos.»

MANUEL HERPST.

ESTROFAS.

Ya descuelga la noche sus cortinas,
En la sombra la tarde se desmaya,
Y á través de las pálidas neblinas
Se ven las juguetonas golondrinas
Volar sobre la arena de la playa.

En la comba turquí del firmamento
Las estrellas derraman sus fulgores,
Y las nubes con tardo movimiento,
Taciturnas se cuentan sus amores
Sobre las alas del callado viento.

En su lecho de perlas y corales
Sacude el mar sus encrespadas olas;
Y llegan, con las brisas estivales,
Envueltos en aromas tropicales,
Ecos de moribundas barcarolas.

Soledad y silencio á un tiempo mismo
Se enlazan bajo el manto de las brumas,
Y el hondo mar, el proceloso abismo,
Con rudo y estentóreo paroxismo
Avienta en el espacio sus espumas.

Y yo, tranquilo ante el fulgor del cielo,
Miro del mar los seculares rastros,
Y en las alas azules de mi anhelo
Se remonta mi espíritu á los astros
Con inaudito y poderoso vuelo.

Y me complace en contemplar á solas
Los gigantescos mundos que gravitan
En ese mar espléndido, sin olas,
Y cuyos rayos al bajar palpitan
Y dan besos de amor á las corolas.

Ven! mi adorada, el astro reverbera
La blanca nube en el espacio gira;
No vaciles: la noche nos espera,
Sacude la flotante cabellera
Y hacia el abismo de los cielos mira!

Ven, contempla las límpidas estrellas,
Su tibia luz y sus eternas galas,
Siempre imponentes como siempre bellas;
Mira las nebulosas, son las huellas
Que imprimen los querubas con sus alas.

La blanca luna en el oriente asoma,
Y el mar va inchando su convulso seno;
Y su voz es arrullo de paloma
Y no fragor de formidable trueno
Que en las alas del aire se desploma.

Ven! y mitiga con tu dulce acento
Este pesar que el corazón devora!
Está dormido en la montaña el viento,

Y está lleno de luz mi pensamiento
Como el espacio al despuntar la aurora.

Ven! y amemos á Dios, cuya pupila
Todo el fulgor del universo absorbe;
Cuyo poder los astros aniquila
Y á cuya planta se suspende el orbe,
Punto de luz, que á su mandato oscila!

Amémonos! la noche encantadora
Ostenta su lujoso panorama,
El cielo brilla.... el céfiro enamora....
Brinda la flor su esencia embriagadora....
El ave duerme.... y el torrente brama!

Julio Flores.

Colombiano.

EL MUERTO VIVO.

HACE pocos días, un numeroso gentío se agrupaba en una de las plazas de la ciudad de Túnez, para presenciar una solemnidad que, aunque bastante frecuente en aquellos países, excita siempre una simpática curiosidad por parte del público. El ejecutor de la justicia se disponía á ahorcar á un criminal.

Era éste un Mohamed no sé cuantos—el llamarse allí Mohamed es como llamarse aquí Martínez, García ó Vidal,—acusado y convicto y confeso de triple asesinato.

Y como por mucho ménos se ahorca en el país túneino á un hombre, no tiene nada de particular que el juez le condenara á ser balanceado en el espacio.

El verdugo, funcionario experimentado en tales situaciones, desempeñó su cometido con su habitual pericia; y Mohamed quedó oscilando suavemente á algunos pies del suelo.

Transcurrieron siete minutos, tiempo que la ley tunecina prescribe para que pueda considerarse á un reo como debidamente ahorcado, y el cuerpo del criminal fué descolgado y puesto en un ataúd de madera blanca. En el momento que iban á cerrar los auxiliares del verdugo, en presencia del juez y del escribano, la tapa del mueble, oyóse una voz lastimera que decía:

—¡Por piedad!... antes de enterrarme, dadme un poco de agua... ¡me muero de sed!...

Sin tener en cuenta que esto constituía una flagrante violacion de la ley, pues un individuo condenado á la horca no debe morir de sed sino del nudo corredizo que le han puesto en la garganta, el juez, el escribano, el verdugo, sus acólitos, los gendarmes y algunos curiosos que allí quedaban, echaron á correr con el terror impreso en los semblantes. Era la primera vez que presenciaban ese espectáculo extraordinario.... ¡Un difunto pidiendo que beber!

Un oficial de gendarmería que tambien había salido disparado, fué el primero que sobreponiéndose á su legítima emocion se detuvo y paró los pies á los demás.

—Probablemente ese individuo

no está muerto del todo — insinuó lanzando una mirada recelosa sobre el féretro que había quedado abandonado, allí, á doscientos pasos de distancia del inquieto y fugitivo grupo.

—En eso mismo estaba yo pensando... —murmuró el juez, enjugando el copioso sudor que corría por su frente.

—Lo mismo digo—opinó el escribano.

—¡Imposible!—declaró el verdugo con firmeza—hombre que pasa por mis manos queda irremisiblemente difunto; llevo ahorcados sesenta y seis reos y ninguno ha sobrevivido á la operacion. Además ¿quién es el que resiste á siete minutos, reloj en mano, de suspendido? ¡nadie!

—Sin embargo—indicó el juez—estoy seguro, segurísimo de haber oído la misma voz de Mohamed pidiendo agua.

—¡Yo también!... ¡yo también!—corroboraron los circunstantes.

—Aquí pasa algo que es preciso averiguar—exclamó el oficial con viril energía.—Acerquémonos.

Y con pasmosa sangre fría el veterano echó á andar hacia el ataúd. Sus subordinados le siguieron marcando militarmente el paso y trás los gendarmes, animados por su ejemplo, avanzaron el juez, el escribano, el ejecutor y sus ayudantes.

Si alguna duda quedaba respecto al estado viable de aquel ahorcado recalcitrante, debió de quedar desvanecida al contemplar el admirado grupo la actitud de Mohamed, quien incorporado sobre su ataúd, seguía con acento quejumbroso pidiendo que beber.

—¡Vaya!... lo que es muerto no lo está este hombre...—dijo el magistrado resueltamente.

—Claro que no—declaró á su vez el oficial.

El verdugo hizo un gesto de incredulidad; pero por respeto á sus superiores no se atrevió á insistir.

—¿Y qué se hace ahora?—preguntó tímidamente el actuario.—Me parece que eso no puede quedar así.

—Opino—pronunció el veterano por que se le dé primero de beber; luego se le puede ahorcar de nuevo, pero debidamente.

—Yo siempre ahorco debidamente;—exclamó muy resentido el Nicomedes tunecino—pero si despues hay brujerías, no tengo la culpa de ello. Cuanto á ahorcar á un hombre como Mahoma manda, eso no lo hago ¡eal!

Mahomed desde su ataúd dirigió una sonrisa agradecida al verdugo.

—Aquí no queda más que un recurso—dijo el juez, trás un minuto de reflexion.—Como este caso es un caso excepcional, no previsto por la ley, lo someteremos al juicio y á la voluntad de nuestro augusto soberano, Su Alteza el Bey.

Tanto éste como sus consejeros

se mostraron estupefactos al tener noticia de lo ocurrido. Era la primera vez también que oían decir de un hombre que pudiese soportar la suspension entre cielo y tierra de siete minutos, de 420 segundos, sin más consecuencias que una sed horrorosa y un malestar general, que iban disipándose con el agua y con el descanso.

Celebróse un consejo presidido por Su Alteza para resolver acerca de caso tan peregrino, y se entabló una brillante cuanto profunda discusion, de la que no puedo ofrecer más que un pálido extracto, resumiendo las dos principales opiniones que salieron á relucir.

—Entiendo que se presenta una ocasion que casi me atrevería á llamar providencial—dijo un eminente legista y moralista—para que la letra y el espíritu de nuestra legislacion en materia criminal queden ampliamente satisfechas, siquiera sea una vez. Mahomed cometió un triple crimen; por cada uno de sus tres homicidios merecía que se le aplicara la pena de muerte; pero no siendo posible la triple aplicacion de la dicha pena en virtud de las esenciales condiciones de la vida física humana se le condeño á ser ahorcado, á fin que perdiese la única existencia que el cielo le concedió. Por razones todavía ignotas, el suplicio no produjo los frutos deseados y la vindicta pública no ha quedado satisfecha. Sin embargo, si Mahomed no hubiese cometido más que un solo crimen, consideraría yo razonable que se le indultara de la pena capital en vista del extraño suceso á que debe algunos días más de vida; pero cometió tres, opino que si procede la conmutacion por el primero, procede también un ahorcamiento supletorio por el segundo y por el tercero. En méritos de lo cual voto por que se le ahorque nuevamente.

Otro legista no ménos conspicuo opinó en sentido diametralmente opuesto, sosteniendo que cualquiera que fuese la cifra de los asesinatos cometidos por Mahomed, la sentencia condenatoria no le imponía ni podía imponerle más pena que la de ser ahorcado una sola y única vez. Que habiéndose cumplido el fallo había pagado el reo la deuda contraída con la justicia y con la sociedad, por más que el ahorcamiento no produjera los efectos apetecibles. De esto no podía considerarse á Mahomed responsable bajo ningun concepto. Con hombre al ahorcado no tienen ya la ley ni los hombres nada que ver. Ha liquidado las cuentas pendientes y debe considerarse como un difunto que en virtud de fenómenos inexplicables anda, come, bebe, duerme y se pasea. Voto, pues, para que se deje en paz á ese difunto.

Despues de escuchar el Bey tan ilustrados pareceres y de reflexionar

maduramente el problema optó por un término medio, mandando, segun acabe de leer en un telegrama, que permanezca Mahomed encerrado toda su vida en una cárcel. Lo cual me parece muy bien pensado; pues si bien es cierto que á los ajusticiados no se les vuelve á ajusticiar, tampoco es natural que un difunto vaya libremente de un lado á otro como las personas vivas.

JUAN BUSCON.
ZARANDAJAS.

A Vicente, que es tonto de la cabeza, se le murió un pariente que estaba en Cieza, y desde allí su padre le escribió un día: "Hijo mío, se ha muerto de pulmonía tu pobrecito tío D. Sisebuto.

No tienes más remedio que llevar luto. Pero como se trata sólo de un tío, el luto ha de ser corto, querido mío."

"¿Qué ha de ser corto el luto? (dijo Vicente.) Pues bien poco me cuesta ser obediente." Y se ha hecho unos calzones tan chiquitillos que apenas si le llegan á los tobillos.

Juan Pérez Zúñiga.

El paralitico.

SENTADO en amplio sillón de cuero, por cuya avellanada epidérmis sacaba la cabeza tal cual férreo y mugriento clavo, aparecía D. Avelino Lobatos.

Largos años hacía que el buen señor había convertido la poltrona en casa; y á poder moverla, hubiérase dicho que era un caracol acurrucado en su córneo y retorcido mueble.

Hondos y no vencidos sufrimientos habíanle postrado allí, sin que la esperanza de salud viniera á fortalecer al aherrojado enfermo. Sumió en una especie de reclusion entre almohadas, pasaba gran parte de su vida como secuestrado al mundo.

Una parálisis general había oto los resortes de su organismo, y su cuerpo, merced á tales circunstancias, no era otra cosa que una madeja de órganos descosidos.

Perdió su lengua el noble ejercicio del habla; sus pies se negron á trasportarle á los campos de voluntad, sus brazos, cayéndose á largo, no pudieron ya enredarse en azos de caricias; sus ojos en fin, adhirieron esa fijeza angustiosa que es suprema expresion del mudo.

Aquella invariable postcion había extendido por su rostrona amarillez de hoja seca.

Los que le conocieron esus años de vigor, se asombraban al verle; muchos, afanosos por buscar pelo que impedía maniobrar á la muina corpórea del baldado, reputan como castigo situacion tal.

Porque es de saber que D. Avelino había sido un grandavaro. Por sus manos huesudas y teblonas habían pasado mares de oro. Teniendo como pie de sus especaciones el préstamo, corrieron á balirse en sus

gabetas, por el despeñadero del intétes compuesto, los derroches del pródigo, las miserias del pobre, los sudores y llantos del trabajador.

Eran sus arcas un abismo de cantidades, ménos hondo y devorador, sin embargo, que la vorágine que abría la codicia de su pecho. Nunca se cansó de tragar aquel *alstrom* del dinero.

Hasta que un día, un rayo de piedra dejóle inerte, miéntras se atascaba en aquilatar piezas acuñadas en su pesito de monedas, único fiel amigo que, segun decían, tuvo el avaro.

Desde que le aprisionó la cadena de la inmovilidad pidió á su familia, con imperiosas fulguraciones de pupilas, le trasportasen al lado de su tesoro. Guardábase éste en vetusto arcon de roble, forrado de chapa y abrochado por fuertes cerrojillos de llave. Siempre tenía pegados los ojos en él su dueño.

Expulsadas las cosas todas de su casa, sólo vivía para aquel frío objeto de sus antiguas ardorosas ambiciones.

En medio de la lobreguez de la sala, que era una habitacion arrinconada en el patio, parecía aquel hombre, sombríamente callado delante del negro armatoste, fúnebre centinela custodiando un cadáver.

Como para darle vida, muchas veces reclamaba mirarle; abríanse las puertas del armario, y entónces pasábase días enteros contemplando con vista calenturienta los grupos de sacos de lienzo y cestos de palmilla que en el obscuro vientre del mostro de hierro se estrujaban reventando de oro.

¡El oro! El era la única luz, la única vida de su alma, la pila eléctrica que podía sólo encabritar sus nervios rehacios. Murió su hermano. Las salmodias de la muerte temblaron en su oído; la caja enlutada cruzó como sombra ante su vista; el vaho penetrante del *patchouli*, ese incienso de la corrupcion, escarabajó en su olfato. Los párpados de D. Avelino no salpicaron por esto una lágrima; su esencia espiritual no se conmovió interiormente, no se ablandó con misterioso rocío de sentimiento; yació dura, petrificada, deforme como la estaláctita de una cueva submarina. ¿Qué más? El prestamista presenció inmóvil el rapto de su hija. Por los bardales del corral vióla una noche saltar al campo en brazos de su amante. Su fantasía que siempre velaba, no se pintó sobre cuadro horrible la seducion del sér, parte de su propia naturaleza. Idiota entontamiento envolvió como red de acero, la existencia toda del paralítico. Unicamente en medio de aquel desvanecimiento vaporoso y de afectos naturales se mantenía, sólido y distinto, como brillante columna de fantasmagórico templo, el interés. Por singular extravismo á que lleva lo morboso de una pasion,

para la mente reconcentrada del imposibilitado las cosas reales eran humo, las sombras tejidas por la ficcion del deseo eran resplandores, hogueras de la idea que tenían el don de deshacer el hielo de la materia alestargada.

Si pasais alguna vez por el lugarejo que, con el nombre simbólico de *La Hucha*, se hunde en un recodo del famoso río *Dauro*, y preguntais de qué murió D. Avelino, os dirán:

—De un sueño contra un arca.

No extrañeis la respuesta, porque fué así. Una noche, soñó el prestamista que le robaban sus caudales. Despertó espoleado por la angustia más horrible; y venciendo la parálisis de su cuerpo, él, que había estado quieto é insensible ante desgracias verdaderas, se arrojó de repente exaltado, furioso, gigantesco, sobre el ferrado arcon, hendiéndose el cráneo.

¿No habrá también por ahí, como el paralítico *físico* de mi cuento, otros paralíticos *morales*, indiferentes á esas grandes realidades de la vida que se llaman Honor, Familia, Templo, Corazon, y sólo despiertos y aguijoneados ante esas falsedades contrahechas en sueños de enfermos?

Pienso que sí. Como vosotros los conoceis, no tengo que señalárolos con el pico de la pluma.

JOSE DE SILES.

LA CAIDA DE LAS HOJAS.—LA MUERTE DE LA INFANCIA.

[FRAGMENTO.]

¡Cuan grabados quedaron esos días,
Que entre placeres rústicos huyeran
Aquí que en el corazon! Dirijo á veces
Todavía mi planta á las praderas,
Cuando sus flores Mayo las prodiga
O las nubes de otoño las sombrean.
Nunca al mirar la desprendida hoja
Con que los vientos encontrados juegan
La pobre hojilla que en el suelo muere
Después de breves días de existencia,
De visitar dejaron á mi alma
Solemnes, melancólicas ideas.
De nuestra suerte aquí la incertidumbre,
Destruccion esa inmutable, eterna
Ley que al olvido aterrador destina
Cnanto natura á producir acierta,
Del mendigo infeliz al potentado,
Desde la flor que Primavera engendra
Hasta los monumentos que á su orgullo
Levantaron allá Méfis y Tébas,
Todo, todo su fin advierte al hombre,
Conjunto de inconstancia y de miseria!

Pero ¿por qué la hoja ayer nacida
Arrebatada entre las hojas secas
Va por el aire, sin vivir el plazo
Que á las demás la muerte concediera?
En flor á veces se malogra el fruto:
La mariposa que en la flor se albrega
Deja el capullo y cuando va surcando
Por la primera vez la azul esfera
Incita al ave que despliega el ala,
Andaz la sigue y sin piedad la apresaa.
También la frente cándida del niño
Hiere la muerte y con su soplo hiela
Y la esperanza de sus tiernos padres
Para siempre con él guarda en la huesa.
¡Hermanos míos inocentes! ¿Como
Los años; ay! en su carrera lenta
No han borrado en mi alma vuestra imagen?

Siempre que la familia se congrega
En sus pesares ó alegrías, nota
Que de los suyos dos faltan en ella.
Encanto de sus padres venturosos,
Dicha y amor de sus hermanos eran:
Cuando vino la peste asoladora
Y les hirió; cuando tocamos yertas
Sus pálidas facciones que animaba
Brillo de prematura inteligencia,
¡Cuantas amargas lágrimas vertimos!
Resonaba el hogar con vuestras quejas.

UNA BROMA DE

PANCHO LOPEZ.

UN día, Pancho López se levantó de mal humor y dijo:

¡Ya estoy cansado de este género de vida! ¡Hay que cambiar! De esos ocho ó nueve amigos que me rodean á todas horas, que conmigo almuerzan ó comen, que conmigo pasean, que conmigo van al teatro y al círculo, que no me dejan ni á sol ni á sombra, no hay, de seguro, ni uno solo desinteresado y sincero. Unos vienen donde mí por el dinero que me sacan, otros por los favores de todas clases que de mí reciben, otros para utilizar en su provecho la poderosa influencia que me da mi gran fortuna; otros por disfrutar en mi compañía de la vida que yo tengo. . . . ¡Todos, sin excepcion, para explotar mi amistad! . . . ¡Estoy resuelto á que esto no continúe!

Y después de permanecer reflexivo un instante, sonrió. Había encontrado una idea luminosa, que iba á poner en práctica en seguida.

Se acordó de esas comedias en que se ve llegar, fingiéndose vencido y pobre, á un personaje que muchos años atrás se ausentó on pos de la fortuna y que, á su regreso, oculta las riquezas que ha reunido para saber quien lo quiere deveras, para mirar quien corre hacia él, á pesar de verlo desgraciado, y quien de él se aparta, creyendo en su aparente desdicha.

Y ocurriósele á Pancho López probar inmediatamente, por un medio análogo, la amistad de sus inseparables compañeros de mesa, de paseo, de teatros y de festines.

Acudieron casi todos á la hora del almuerzo, encontrando á Pancho muy triste. Pancho eludía toda contestacion á las preguntas que le hicieron sus amigos sobre el motivo de su tristeza. Por fin, ante la insistencia de aquellos, se decidió á hablar.

—Estoy arruinado, les dijo, completamente arruinado, y el mal es irremediable. Esta catástrofe tenía que venir: he gastado diez vez más de lo que podia. De la gran fortuna que heredé de mis padres, ya no me queda nada. No sé qué va á ser de mí. En medio de las graves preocupaciones que embargan mi ánimo y en medio de esta despedida dolorosa á la exis-

tencia de placeres que he hecho en vuestra compañía, me queda siquiera el consuelo de que ni uno solo de vosotros podrá decir que he sido egoísta de mi felicidad, pues con vosotros he compartido dicha y fortuna.

Los amigos, al oír esto, quedaron aterrados. Su sorpresa fué tal, que se les figuró que soñaban.

Pasado el primer momento de estupor, dijo uno de ellos:

—¡Vamos, ánimo, no hay que desmayar!

Y otro exclamó:

—¡Chico, si vieras lo que lo siento!

Uno murmuró casi en voz baja:

—¡Qué lástima de fortuna!

Y pensó otro, con silenciosas muestras de honda emoción:

—¿Por qué no me habré dado más prisa á pedirle los mil duros que necesito?

¡Ni un arranque de verdadera amistad! ¡Ni una frase de dolor sincero!

Entonces recordó Pancho que uno de aquellos amigos era rico; observólo disimuladamente y no tardó en verlo desaparecer, aprovechando un instante de distracción en que creyó que nadie lo miraba.

Aquel fué el primero que huyó. Los demás desfilaron también en poco tiempo.

Al día siguiente ninguno pareció por ahí.

Filosofó Pancho unos minutos sobre la ingratitude humana, y luego se dijo satisfecho:

—¡Todos ellos eran falsos amigos! ¡Cuánto me alegro de haberlos puesto á prueba! ¡Mejor es que no vuelvan más!

Pero á los dos ó tres días notó que ya no eran sólo aquellos amigos los que habían dejado de ir por su casa, sino otras varias personas con las que no tenía intimidad, cuya visita le era agradable.

Además, le chocó la frialdad con que en la calle contestaban á su saludo algunos conocidos, que siempre se habían apresurado á saludarle con grande afecto.

Por fin, vió que alguno que otro rehuía el encontrarse con él, ó pasaba á su lado fingiendo no haberlo visto.

—¡Vamos! pensó, riéndose cuando se lo explicó todo. ¡Ha cundido la noticia de mi ruina y huyen de mí! ¡Qué chasco van á llevarse!

Al volver á casa sorprendióle el gran número de cuentas que le habían presentado, reclamándole el importe con cierta urgencia, cuentas de esas que ántes le presentaban sólo al fin de cada mes ó de cada trimestre.

Empezaron ya á molestarle á Pancho López los efectos del anuncio de su ruina.

Aquella noche misma tuvo un disgusto con un envidioso, que hasta entonces le había tratado con respe-

to y que, al juzgarlo caído, le habló en tono impertinente.

Acostóse resuelto á decir la verdad sobre su situación al siguiente día, para evitar nuevas mortificaciones, y por la mañana se encontró citado ante los tribunales por un pobre diablo, á quien jamás tomó en serio, atacado de la manía de que eran suyos todos los bienes de Pancho López. Nunca se atrevió aquel maniático á ponerle pleito; mas al oír que Pancho López estaba arruinado, lo consideró ya sin ninguna influencia y decidióse á emprender el litigio.

Pancho, que tenía sus bienes en una provincia lejana, escribió á su administrador para que le enviase una importante suma. Quería demostrar al mundo entero que no estaba arruinado, y que todo había sido una broma, para probar la sinceridad de las amistades que lo rodeaban.

Esperó algunos días la respuesta inútilmente. ¿Se habría extraviado la carta?

Volvió á escribir y el mismo silencio.

Dirigióse á un amigo que en aquella provincia habitaba, pidiéndole noticias de su administrador. La respuesta fué terrible. El administrador de Pancho López había sabido lo que se decía en Madrid de su amo, y sospechando que éste había perdido al juego sus propiedades ó que en la demanda judicial contra él entablada existía algun fundamento, no se resignó á ser víctima del naufragio, vendió á escape todos los ganados y todos los frutos, empeñó cuanto pudo, valiéndose de los amplios poderes que de su amo tenía, y desapareció, dejando, en efecto, completamente arruinado á Pancho López.

Cuando éste supo su desgracia, estaba ya casi arrepentido de la broma que en mal hora se le ocurrió. Al saber que aquella broma le había arruinado de veras, podréis figuraros cual fué su arrepentimiento.

Pancho López aprendió demasiado tarde que hay bromas fatales para el que las emplea, y que la de fingirse arruinado y caído es muy peligrosa, aun para aquellos de posición más elevada y más fuerte.

SINFONIA DE OCTUBRE.

Hay un viento otoñal que entre las frondas,
Eolias armonías desparrama;
Eco impalpable de nostalgias hondas,
Vaga cadencia de temblante gama.

Murmura el río su perlada nota,
Al correr cristalino en la arboleda,
Mientras del pico de las aves brota
La cadencia de azur melíflua y leda

El colibrí que es iris luminoso,
Hace brillar sus vívidos cambiantes;
Y en el estanque un cisne lujurioso
Enarca sus pulmones deslumbrantes.

La casita muy blanca: allí la rubia
Musa gentil cuyos cabellos de oro,
Al caer por sus hombros, blonda lluvia
Fingen de suave y virginal tesoro.

La princesa gentil: la que en la selva

Es la dulce y lilial Bella Durmiente
Que esperando á un doncel grácil del Elba,
Duerme su sueño juvenil y ardiente.

La casita muy blanca, que á lo lejos,
Cual diminuto nido de palomas,
Doran del sol los últimos reflejos
Al caer, moribundo, tras las lomas. . . .

Pleno Octubre! Las rosas languidecen
Con nostalgia de lluvia y alegría;
Y en las palmeras que en el bosque crecen,
La cigarra modula su armonía.

El mar entona su canción rugiente
Rebullendo el vaivén de sus oleadas;
Su *pean* inmortal, como el vidente,
De las inciertas épocas pasadas.

Todo es calma otoñal. Octubre vuelve
Y parece reír, dichoso el mundo;
Mientras un sol magnífico lo envuelve,
En derroche de luz vivo y fecundo!

José O Mixco y L.

EN UN ALBUM.

¿Qué es un álbum? Un cofre de alabastro
donde arroja el talento del artista
un recuerdo brillante como un astro,
una perla, un rubí ó una amatista.

Pueda el que mi amistad aquí te arroja,
si deja en tu memoria alguna huella,
conservar la pureza de esta hoja
y el fulgor misterioso de una estrella.

Julian del Casal.

LAGRIMAS Y SONRISAS.

Releyendo unas cartas amorosas
que exhalaban perfume todavía,
con la mano en el pecho, y con los ojos
en el cielo, lloraba Margarita.

Repasando también cartas de amores,
por el tiempo ya casi desteñidas,
con la frente en la mano, y con los ojos
en el suelo un anciano sonreía. . . .

¡Qué dulce era aquel llanto de la joven!
¡qué amarga de aquel viejo la sonrisa!

RIMAS.

A MARGARITA. . . .

No sé si eres mujer, si eres un ángel;
Sólo te sé decir,

Que dejas al pasar por tu camino
Ráfagas encendidas tras de tí.
Los ángeles que vuelan por el cielo
Dejan al caminar

Sus estelas de luz, como las tuyas,
Que parecen fulgor de tempestad.
Tal vez bajo la senda que te guarda
De los besos del sol

Alas de ángel escondes: ¡quien pudiera
En ellas reposar el corazón!

CORTES Y LA GUADALUPANA.

(Para EL TIEMPO.)

SONETO.

Altivo, fiero, en el opuesto bando
Siembra pavor con su aguerrida hueste,
Sin que haya quien su esfuerzo contrarreste,
El bravo, el indomable Don Hernando.

Ella al indio habla con acento blando,
Y humilde, aunque ostentando régia veste,
Su dulce imagen de expresión celeste
Nos da estampada en lienzo venerando.

Cortés venció cuando tras lid bravía,
Y á los mortales golpes de su espada,
Ensangrentado Anáhuac se veía.

Pero, en cambio, á la Virgen adorada
Para ser dueña de la patria mía
Bastó una frase amante, una mirada.

Eduardo Gómez Haro.

Puebla, Diciembre de 1897.